

construído de las más finas y sutiles hebras de emociones y afectos.

Fué discípulo de los más grandes iniciados del siglo XIV y fué, a su vez, maestro de los más representativos sabios y príncipes del siglo XV.

A través de é, pasó toda la sabiduría pre-cristiana y hermética, hacia la época contemporánea. Combatió contra el Papado, contra las tiranías de toda clase y contra todas las anquilosis del pensamiento. Fué un reformador genial: más que eso, un revolucionario que predicaba que no debe aceptarse ninguna verdad que no pueda ser demostrada o verificada. La Química moderna es hija suya y la Terapéutica su nieta. Tuvo intuiciones geniales que la Organoterapia, la Endocrinología y la Psiquiatría de nuestros días han venido recién a confirmar.

El libro de Allendy es el mejor de los homenajes a este hombre ejemplar, del cual debe enorgullecerse la Humanidad.
—JUAN MARÍN

<https://doi.org/10.29393/At166-85DPHO10085>

HORACIO, por *Alejandro Vicuña*.—Editorial Nascimento.

Hombre de vasta erudición, verdadero humanista dotado de insaciable afán de conocer y de un sentido vivo y activo de la cultura, Alejandro Vicuña se traslada, con las alas del saber y la imaginación, a diferentes épocas y lugares del pasado, a la Roma opulenta y convulsionada de los Césares para ofrecernos una silueta del eminente orador y político que fué Cicerón, o un cuadro de la vida apacible y la poesía bucólica de Horacio, o al ambiente sensual, artístico, inflamado de pasiones y luchas religiosas del Renacimiento, para mostrarnos la vida ascética y dura, el anatema apocalíptico y el martirio despiadado de Savonarola. San Juan Crisóstomo, San Francisco de Sales han hallado en el señor Vicuña un biógrafo documentado, ameno y

verídico, que ha sabido iluminar con sus trabajos los cuadros más opuestos, proyectando la luz del pretérito sobre las inquietudes presentes. Remonta el curso del tiempo en alas de la meditación y la fantasía, deroga las centurias, anula las distancias, y tan pronto asistimos en su compañía a los magníficos banquetes del Esquilino y oímos las doctas sentencias de Mecenas, Virgilio y Horacio, como presenciemos la entrevista fatal, llena de reticencias y subterfugios, del cruel y tortuoso César Borgia y el obstinado y fanático Savonarola.

El señor Vicuña no sigue en sus biografías las huellas de Lyton Strachey, Maurois, Lúdwig ni otros que han prestigiado este género. Su Horacio no es, precisamente, una biografía novelada, pues raras veces sigue el curso de la acción por medio de escenas directas, de primer plano, reconstruyendo la realidad histórica en el devenir de las situaciones y las reacciones anímicas de los personajes, supliendo los datos con los aportes generosos de la fantasía. Tampoco es ésta una biografía escueta, pues a la base indispensable de las fuentes de información se ha añadido mucho aporte personal por el autor, en su exégesis de la obra horaciana, en la creación de los caracteres, en la animación de todo un vasto período de la historia romana. Estamos, sencillamente, ante una biografía hecha por un historiador que es a la vez un animador de hechos y tipos y un buen crítico literario. No se alteró la realidad en favor del interés novelesco, sino que se la recogió en toda su amplitud, con sus matices y resonancias, hasta hacer con ella un cuadro lleno de vida y de vigor.

La figura del poeta, pequeño, ligeramente obeso, con sus ojos siempre irritados aparece, en verdad, poco seductora. Tampoco es más atrayente su figura moral. La gula, la concupiscencia, la vanidad literaria, el oportunismo y el afán de asegurarse el disfrute de estos bienes materiales llenan sus preocupaciones. Es verdad que todos estos vicios están controlados, administrados con moderación burguesa y astuta parsimonia.

para que el exceso no llegara a perturbar su lento y metódico disfrute, para no transgredir jamás los límites de la áurea mediocridad que era la norma del poeta. La misma negativa de Horacio a subir a cargos de figuración y responsabilidad, está de acuerdo con su lema de mantenerse siempre en esa tranquila medianía hasta la cual no llegan los grandes honores y beneficios, pero tampoco alcanzan las persecuciones personales y confiscaciones de bienes. No comprometerse en alas de la ambición y mantenerse en esa quietud discreta y voluptuosa. Horacio fué un adepto de la filosofía epicúrea, pero su poesía y su conducta la muestran por debajo de Epicuro, que fué un defensor de los deleites del intelecto y el espíritu, y conversaba con sus discípulos sobre los problemas divinos y humanos, mientras cepillaba madera en su banco de carpintero. Horacio aparece teñido de un materialismo mezquino. Tal vez la única excusa de este hombre moderado y circunspecto, gozador empedernido de los placeres tranquilos y fáciles, de la mesa opulenta y el lecho mercenario, está en que la brutalidad de la época no era como para tentar a la aventura de reformar la violencia de las costumbres o detener los abusos del poder. En la turbulencia política de aquel tiempo era difícil no morder alguna vez el polvo de la derrota, lo que se pagaba con la confiscación de los bienes, el destierro y aun la vida. Ya Horacio había perdido su patrimonio por adherir a la causa de la dignidad ciudadana con Bruto y Cicerón. Este recuerdo lo hacía prudente, y en adelante toda su ambición consistió en incorporarse al partido triunfante de Augusto, y principalmente en entrar al círculo cerrado de los favoritos de Mecenas, en cuyo palacio del Esquilino se gozaban magníficos festines, se disfrutaban tesoros de arte saqueados a Grecia y al Oriente y la mejor sociedad y conversación de la época. Allí gozó el poeta de una paz octaviana que se prolongó hasta el fin de sus días, la que le permitió escribir con calma sus odas, epístolas y sátiras que sobre-

viven a través de dos mil años y han sido traducidas a todas las lenguas.

La gran pasión de Horacio fué la pasión de la belleza y su sentido más desarrollado el de las proporciones. El culto paciente del estilo, de la palabra justa, de la frase cristalina y melodiosa, han realizado el milagro de esa perduración literaria para la cual no cuenta el paso del tiempo. Es este un milagro de realización artística, de equilibrio entre las aspiraciones del poeta y sus medios de expresión, de afinación del lenguaje, pues, como queda dicho, los ideales que inspiraban a Horacio no eran de alto vuelo. Tal vez cuando logró mayor elevación su musa fué cuando su cargo de poeta oficial lo obligó a cantar las glorias del Imperio, enfocando los amplios asuntos del destino del hombre, de la evolución de las costumbres y el progreso de la sociedad. Nuestro poeta alcanzó, sin duda, su momento de gloria cenital, cuando cantó la superación humana a través de las edades y las civilizaciones y cuando un coro de vírgenes y efebos entonó su Canto Secular en las fiestas augustales.

El señor Vicuña ha hecho un inapreciable servicio a nuestra literatura, dotándola de esta valiosa biografía de Horacio, que es a la vez un cuadro vivo y veraz de un período lleno de interés por la expansión del Imperio, por las luchas políticas y la actividad intelectual. Parece haber silenciado con exceso a Virgilio para dejarlo en barbecho para otro libro. Será también muy útil para sus lectores. Nos permitimos insinuarle la gran figura literaria de Lucrecio, cuya obra, *De Rerum Natura*, es uno de los mejores poemas filosóficos con que cuenta la humanidad. Lucrecio vivió en una época de luchas más intensas y dramáticas que la de Horacio, la disputa por el Imperio entre Pompeyo y César, y su vida tímida y recogida y su trágico fin, al lado de la claridad penetrante de su visión y su diafanidad de expresión, le hacen una de las figuras literarias más interesantes. Por otra parte, es difícil hallar una buena traducción

castellana de aquella obra, y algunos fragmentos traducidos y englosados por el señor Vicuña serían de inestimable valor.—
DAVID PERRY B.



ENGRUCIJADA, por *María Teresa Llona*

Prologada elogiosamente por Gabriela Mistral, el libro de esta nueva poetisa peruana nos da la sensación de frescura y de sencillez que no es común encontrar en la lírica femenina del Continente.

Aunque ya ha pasado en Europa la moda irracional del verso sin armonía y sin ritmo, en que las imágenes forman una cadena infinita e incomprensible, todavía en América se sigue cultivando, en especial por los jóvenes, esa postura que, si no es difícil en sí misma, ya que obedece a una receta más que a una orientación innovadora, es difícil y mortificante para el lector.

Señalamos, por eso, este libro de María Teresa Llona, como un regreso a lo clásico. Por la claridad de su expresión, que alcanza a veces aciertos magníficos de sugerencia, como al decir en su poema «Clamor»:

Ni mentaremos nuestro nombre
Ni evocaremos el ayer...
Y tú serás ¡tan sólo un hombre!
Yo... ¡solamente una mujer!

Y la relativa elegancia de su forma, creemos que podrá darnos obras de más enjundia y de mayor resonancia.

En este su segundo libro—no conocemos «Celajes», con que se iniciara en las letras—queda bien en claro su disposición y su fervor líricos. Y si tiene todavía, como es lógico, vacila-